

EL GUARDIÁN



Sam Dolmen

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra sin el debido consentimiento de su autor, por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

“El león es conocido por las marcas de su garra.”
Expresión celta.

EL GUARDIÁN

[CAPÍTULO UNO: La llegada.](#)

[CAPÍTULO DOS: Una noche despacible](#)

[CAPÍTULO TRES: Reflexiones](#)

[CAPÍTULO CUATRO: El desayuno](#)

[CAPÍTULO CINCO: Visita a la enfermería](#)

[CAPÍTULO SEIS: La primera clase](#)

[CAPÍTULO SIETE: Nuevas reflexiones](#)

[CAPÍTULO OCHO: La rebelión de las cacerolas](#)

[CAPÍTULO NUEVE: Un encuentro en el bosque](#)

[CAPÍTULO DIEZ: Un extraño accidente](#)

[CAPÍTULO ONCE: Una demostración de magia](#)

[CAPÍTULO DOCE: Una broma pesada](#)

[CAPÍTULO TRECE: El "Potencial"](#)

[CAPÍTULO CATORCE: Tensa calma](#)

[CAPÍTULO QUINCE: Las mentiras de Arturo](#)

[CAPÍTULO DIECISEIS: Un ataque a traición](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE: Conclusiones y estrategias](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO: Un terrible descubrimiento](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE: Revelaciones](#)

[CAPÍTULO VEINTE: Removiendo el pasado](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO: Verdades sorprendentes](#)

[CAPÍTULO VEINTIDOS: Haciendo planes](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS: Un feliz encuentro](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO: La desaparición de Arturo](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO: Los Renegados](#)

[CAPÍTULO VEINTISEIS: Rehenes](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE: Duelo de voluntades](#)

[CAPÍTULO VEINTIOCHO: Oscuros pensamientos](#)

[CAPÍTULO VEINTINUEVE: Femme Fatale](#)

[CAPÍTULO TREINTA: El devorador de energía](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y UNO: El ente y el Aprendiz](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y DOS: Desenlace](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y TRES: Consecuencias](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO: La muerte del guardián.](#)

[EPÍLOGO.](#)

Capítulo uno: La llegada.



La tormenta estalló al anochecer con sorprendente furia. La antigua mansión convertida en internado se recortaba en la parte más alta de la montaña, iluminada por los relámpagos y azotada por el viento. Las viejas ventanas temblaban como si las agitara una mano impaciente, y por un momento Teresa tuvo la sensación de que el edificio completo se vendría abajo. Era una idea absurda, por supuesto. La casona era sólida y antigua, construida con piedra y maderas nobles. Había soportado muchas tormentas a lo largo de siglos, y era seguro que soportaría muchas más.

El viento abrió una ventana de la cocina que debió quedar mal cerrada y una fría ráfaga acompañada de lluvia invadió el recinto. La gobernanta dio un respingo, se levantó de la mesa y abandonó la reconfortante taza de té caliente, mientras se apresuraba a cerrarla. En el momento que lo hizo las luces se apagaron, y no pudo evitar sentir un escalofrío acompañado de un temor irracional. Se repuso enseguida. Ya era demasiado vieja para esas tonterías. Era una tormenta de otoño. Nada más.

Recorrió la cocina a oscuras olvidando el té, y buscó un atado de velas que tenía preparado para esas ocasiones en uno de los armarios. No era la primera vez que sufrían una fuerte tormenta en la Sierra del Cuervo, ni tampoco eran novedad los apagones en el Colegio Cervantes. La finca era vieja y las instalaciones eléctricas resentían muchos años de uso. Ya debería estar acostumbrada. Encendió una de las velas y acercó la escasa luz al reloj de la pared. Las once y cincuenta. Menuda nochecita. Seguro llovería al menos hasta el amanecer.

Salió de la cocina recorriendo los pasillos a la luz de la vela, y como sospechaba, un tímido reflejo bajo el resquicio de la puerta de la Dirección delataba que no estaba vacía. Recordó que el director guardaba una linterna en el cajón de su escritorio. Cuando se acercó con la intención de llamar a la puerta, ésta se abrió, y no pudo evitar dar un respingo por el susto. Don Fernando se encontraba plantado frente a ella con la linterna en la mano, mientras la miraba con una sonrisa divertida. Corpulento y de mediana estatura, rondaba los sesenta años, tenía el cabello blanco y escaso, con pronunciadas entradas y los ojos verdes muy alertas. Era amable, casi bonachón, pero también exigente con la disciplina y el cumplimiento de las normas. Sus subalternos lo apreciaban y los estudiantes lo respetaban.

— Lo siento, Teresa. No era mi intención asustarte.

— No fue usted don Fernando. Es esta tormenta que me pone los nervios de punta.

— Sí, nunca había visto algo así. Ni siquiera en esta montaña. Tal vez sea por el calentamiento global – dijo con una sonrisa tranquilizadora.

— Tal vez – admitió ella, no muy convencida – ¿Quiere que vaya a revisar los fusibles?

—No, no vale la pena. Con esta tormenta volverían a saltar enseguida. De cualquier manera todos están dormidos. Será mejor esperar a que mejore el tiempo y repararlo antes del amanecer. Yo me haré cargo.

La mujer asintió, y ambos voltearon al escuchar pasos en la escalera de madera. Débora, la hija de Fernando, bajaba envuelta en una bata de lana. Era una mujer alta y delgada, de facciones regulares. No se le podía considerar una belleza, pero tenía un rostro agradable. Teresa, que la conocía desde que era una niña, sabía que se parecía a su madre. Tenía los ojos verdes de su padre, y una sonrisa cálida que inspiraba confianza. Al igual que ellos, sostenía una vela en la mano.

— ¿Ocurre algo, papá?

— Nada, cariño. La tormenta hizo saltar los fusibles. Lo arreglaré por la mañana. ¿Qué haces levantada?

—Toni me despertó. Tenía miedo de los truenos, así que lo acompañé a su cama hasta que se volvió a dormir.

La gobernanta sonrió, Toni era uno de los alumnos más jóvenes. Sólo tenía seis años, y le debía resultar muy duro adaptarse a estar lejos de su casa y de sus padres. Débora tenía una habilidad especial para consolar y confortar a los más pequeños. Cuando se sentían solos, o tenían miedo, la buscaban por instinto.

— Creo que deberíamos acostarnos – dijo Fernando – Esta noche ya no será posible hacer nada más.

— ¿Ha llegado por fin el nuevo profesor de ciencias? – preguntó Débora.

— No – respondió su padre – Llamó desde el pueblo poco después de ponerse el sol diciendo que salía hacia aquí, y que llegaría en un par de horas, pero supongo que la tormenta debe haber convertido los caminos en intransitables. Habrá tenido que regresar.

— ¿No te has podido comunicar con él por el móvil?

— Los teléfonos colapsaron poco después que comenzó a llover.

— Espero que no haya sufrido un accidente – reflexionó Débora, preocupada – Esos caminos pueden ser muy peligrosos, en especial bajo una lluvia como ésta.

— No nos pongamos en lo peor, Débora – aconsejó su padre, aunque en el fondo compartía su preocupación – Lo más probable es que haya encontrado algún obstáculo y haya tenido que volver al pueblo. Mañana a primera hora, si la comunicación se ha restablecido, lo llamaré.

Débora asintió, dio las buenas noches, y se giró para volver a subir las escaleras. Teresa suspiró. También le preocupaba que no hubiera llegado el maestro que esperaban. No era una buena noche para cruzar la montaña. El pueblo más cercano estaba a dos horas en coche, en parte por la distancia, y en parte porque no había caminos asfaltados, sino carreteras de tierra que bordeaban precipicios y cruzaban riachuelos. En medio de una noche como esa sería muy peligroso intentar transitarlas. Eso sin contar con el río, que podía haberse desbordado.

Un fuerte relámpago iluminó la estancia con tanta intensidad que parecía que hubieran encendido varios focos de repente. Los tres se quedaron inmóviles. El viejo reloj de péndulo que permanecía en una esquina se detuvo. La gobernanta pudo ver que marcaba las doce en punto antes que la luz del relámpago desapareciera, y se sorprendió a sí misma santiguándose, pese a que no era muy devota y no había pisado una iglesia desde los doce años.

El trueno que siguió al relámpago a los pocos segundos hizo vibrar las ventanas, y a Teresa le pareció que había movido los cimientos de la casa. Por debajo del fuerte sonido escucharon unos golpes en la puerta, que repitieron después que el trueno ya había pasado. Los tres se miraron entre sí, confundidos. No era posible que ser humano alguno pudiera estar afuera con semejante tormenta.

Fernando se repuso de la sorpresa antes que los demás y avanzó hacia la puerta. La abrió despacio, como si temiera lo que iba a encontrar detrás de ella. Débora permanecía en la escalera sujetando el pasamano, y Teresa, alumbrada sólo por la humilde vela, contemplaba la escena boquiabierta. La figura de un hombre se recortaba en el umbral. Era muy alto y delgado. En un primer vistazo, la gobernanta se percató de que llevaba un pequeño maletín de viaje en una mano, y se apoyaba en un bastón de puño labrado con la otra. Un rayo a sus espaldas lo iluminó. El cabello era negro con escasas canas, sus facciones eran afiladas, y los ojos negros y penetrantes. Llevaba una barba muy recortada. Vestía un traje oscuro y se cubría con un abrigo negro que le llegaba por debajo de las rodillas, hasta la mitad de las pantorrillas. Tenía los dedos de las manos largos y elegantes. Ella se sorprendió al comprobar que había podido ver todos esos detalles en la fracción de segundo que duró la luz del relámpago.

— Buenas noches – saludó el visitante. Su voz era profunda – Lamento haber llegado tarde. Espero no causar ningún inconveniente.

— Usted debe ser el profesor Arturo Del Bosque – dijo Fernando, en cuanto se recuperó de su sorpresa.

— Así es – respondió el profesor, aún en el umbral – La tormenta me retrasó ¿Puedo pasar?

— Claro, claro, desde luego – reaccionó el director haciéndose a un lado – Por favor disculpe mis modales. Ya no lo esperábamos. ¿Cómo pudo llegar con este tiempo? Creímos que los caminos estarían intransitables.

— Y lo están – aclaró Arturo – El taxi tuvo que detenerse al cabo de media hora. Un árbol caído impedía el paso. Le pedí que regresara e hice el resto del trayecto a pie.

— ¿A pie, bajo esta lluvia? – preguntó Débora, que después de bajar las escaleras se había reunido con ellos – Debe estar exhausto.

— No demasiado – repuso el recién llegado – Estoy acostumbrado a recorrer largas distancias andando.

— ¿Bajo la lluvia?

— Cuando es necesario – dijo con una media sonrisa.

— Está empapado – observó Débora con preocupación. Enseguida olvidó la impresión que había recibido y se puso en movimiento con eficiencia – Será mejor que se quite el abrigo y se ponga ropa seca, o pillaré una neumonía. Teresa, ¿por qué no le preparas algo caliente al profesor? Yo le mostraré su habitación para que pueda cambiarse y descansar.

— Es usted muy amable. Señorita...

— Lo siento, no he sido un buen anfitrión – intervino Fernando – Ella es mi hija, Débora, psicóloga del colegio, y ella es Teresa, nuestra gobernanta.

— Es un placer – dijo Arturo, estrechando la mano de Débora, y luego la de la gobernanta.

Teresa sintió un apretón cálido y firme. Le sorprendió que después de haber permanecido a la intemperie bajo el frío y la lluvia por varias horas, el profesor aún conservara el calor en sus manos. Un estremecimiento le recorrió el brazo, como una suave corriente eléctrica.

— ¿Qué le apetece tomar profesor? – atinó a decir – ¿Café, té, cacao?

— Tal vez prefiera un poco de brandy – sugirió Fernando.

— Por favor, sólo Arturo – dijo dirigiéndose a todos, luego le habló a la gobernanta – El té estará bien.

Con un gesto, Débora lo invitó a seguirla, y él se despidió de Fernando mumurando un “buenas noches” e inclinando levemente la cabeza. Luego subió las escaleras detrás de Débora. Cojeaba un poco de la pierna derecha, pero usaba el bastón con soltura, por lo que apenas se notaba.

Afuera la tormenta recrudeció por unos minutos, como si elevara una protesta a la intromisión del recién llegado. Arturo se detuvo en el pasillo y contempló la lluvia a través de una ventana. Antes de que Débora pudiera hacer algún comentario, la furia de los elementos comenzó a amainar. Arturo esbozó una sonrisa, y reemprendió el camino hacia su nueva habitación.

Capítulo dos: Una noche desapacible.



La habitación se encontraba al final del pasillo. La cama doble con dosel había sido preparada para recibir a su nuevo ocupante. Era amplia y cómoda, con mesitas de noche a ambos lados de la cabecera y una lámpara en cada una. Tenía un escritorio, un armario antiguo de doble puerta, una estufa eléctrica que en ese momento era inservible debido al apagón, y un sofá de respaldo alto con orejeras situado frente a la chimenea, a un lado de la cual reposaban algunos troncos. Al fondo, una puerta de roble comunicaba con el baño. La única ventana, situada al lado de la cama, debía dar al frente de la casa, pero en ese momento estaba herméticamente cerrada y con las cortinas corridas. Hacía mucho frío y Débora se estremeció cuando cruzó el umbral.

— Lo lamento mucho. Creímos que ya no podría llegar esta noche, así que no hicimos nada para calentar la habitación. Puedo llamar a Manuel, el mozo, y pedirle que encienda la chimenea. Debe estar usted aterido de frío.

— No es necesario que lo moleste – dijo Arturo, mientras colocaba el maletín sobre la cama – Yo mismo la encenderé.

— ¿Está seguro? Esta casa es muy húmeda, y algunas veces resulta complicado lograr encender el fuego.

— No se preocupe, no me resultará difícil.

— Como prefiera. Teresa le traerá el té enseguida. Lo dejo sólo para que pueda cambiarse y descansar.

Débora se despidió con un gesto de la cabeza y salió de la habitación. Arturo, con las ropas empapadas y el frío calándole hasta los huesos, sintió un escalofrío. Estaba cansado, la larga caminata bajo el frío y la lluvia no había sido lo peor. Durante todo el recorrido tuvo que sortear obstáculos que se multiplicaban a su paso y protegerse de los relámpagos que se empeñaban en caer a pocos metros de donde él se encontraba. Y las dificultades no habían sido fortuitas, de eso estaba seguro. Se quitó el abrigo mojado y lo dejó sobre el sillón, necesitaba recuperar fuerzas pero aún podía encender un pequeño fuego. Sin perder el tiempo, apiló varios troncos en el hogar, cerró los ojos un momento y buscó el centro de su energía, detrás de su esternón, luego se concentró en el fuego, canalizando ese elemento a través de su cuerpo como si fuera un cable conductor. No sintió calor, su concentración lo aislaba de él, solo percibía el flujo de energía que nacía de su propio cuerpo y de su voluntad. Entonces lo dejó salir con un gesto de su mano en dirección a la chimenea. Una llama brotó de los troncos, que primero protestaron en un chisporroteo, secando la humedad de su superficie, y luego se encendieron en una cálida llamarada. Arturo se acercó a la chimenea y se reconfortó en su calor. Tocaron la puerta.

— ¡Adelante!

Débora abrió, permitiendo a Teresa entrar con una bandeja que dejó sobre el escritorio.

—Aquí está su té.

Débora se quedó con la mano en el picaporte, mirando la chimenea como si la hubieran hipnotizado.

— ¿Cómo se las arregló para encender el fuego tan rápido? – preguntó sorprendida.

— Le dije que no sería difícil – respondió él con naturalidad.

— Si desea algo más... – intervino Teresa, que no tenía idea de qué hablaban.

— Gracias por el té, Teresa, ya han hecho bastante por mí. Buenas noches.

— Buenas noches – respondió la mujer, contenta de poder retirarse. Ese hombre la ponía nerviosa.

- Profesor... – llamó Débora.
- Arturo – corrigió él.
- Arturo. Olvidé decirle que el desayuno se sirve a las ocho.
- Seré puntual, gracias.
- Que descanse.
- Buenas noches.

Débora cerró la puerta y dejó a su huésped de pie frente al fuego. Al cabo de unos minutos, Arturo se alejó de la chimenea. Ya la habitación había alcanzado una temperatura agradable. Se sentó al escritorio y bebió despacio el té. La ropa húmeda le dificultaba entrar en calor. Se acercó a la puerta y la aseguró, se desvistió, entró en el baño, encendió la caldera de gas y se metió en la ducha. El agua caliente lo hizo sentirse humano de nuevo. Salió de la ducha, y se vistió con el pantalón de un chándal. En su pecho reposaba un medallón que representaba el árbol de la vida o [Crann Bethadh](#). Un magnífico trabajo de orfebrería. Colgaba de su cuello por una simple tira de cuero. Extendió la ropa empapada sobre la cama. Se concentró en su centro de energía y la canalizó como calor con un gesto de su mano para que se evaporara el agua. Luego cogió la ropa, ya seca y la metió en el armario, junto con el resto del equipaje.

Sentía la tensión del agotamiento en los músculos de los hombros, le dolía la cabeza y se encontraba un poco mareado por el enorme consumo de energía durante ese largo día, pero aún quedaba algo importante que hacer. Las fuerzas que rondaban la casa eran mucho más peligrosas de lo que hubiera creído posible. No podía irse a dormir sin poner en marcha ciertas barreras de protección. Respiró profundo. El empleo de energía pura sin ninguno de los cuatro elementos esenciales: agua, fuego, tierra y aire, era la maniobra más difícil de llevar a cabo, pero también la más eficiente en esas circunstancias. Ningún Iniciado podría percibir la barrera, y era poco probable que alguien sospechara su existencia, porque él era uno de los dos únicos hombres nacido en los últimos mil quinientos años que tenía suficiente poder para hacer algo así. Y el otro había muerto por su mano.

Arturo se paró frente a la chimenea, cerró los ojos, se concentró en su centro de poder, e hizo circular la energía pura a través de su cuerpo. Sintió un vacío en la cabeza. La energía provenía de sus propias reservas, que ya habían sido demasiado expoliadas ese día. Sin embargo resistió, se mantuvo firme, y continuó haciendo circular esa forma pura de poder en su interior. Cuando comprendió que estaba listo, canalizó la energía a través de sus brazos, los extendió hacia arriba, con las palmas de las manos hacia fuera, como si quisiera recibir algo del cielo. Murmurando unas palabras, un mantra que le permitía mantener su concentración en ese delicado momento, giró las muñecas y bajó los brazos, dejando fluir la energía en dirección a las paredes. Una luz azulada salió de sus manos iluminando la habitación por unos segundos. Cuando terminó, cada una de las cuatro paredes de su alcoba contenía una barrera infranqueable e invisible, que no permitiría a ningún Iniciado que no fuera él mismo utilizar su poder dentro de esa habitación. Tampoco podría entrar nadie sin que él lo supiera.

Trastabillando un poco, llegó hasta la cama donde se dejó caer desfallecido. Cuando despertó aún estaba oscuro y podía escuchar el azote de la lluvia contra las ventanas. Sintió un escalofrío, entreabrió los ojos y por el reflejo supo que el fuego permanecía encendido. Sin embargo hacía frío. Un frío que penetraba hasta la médula de los huesos. Se incorporó un poco en la cama, quedando casi sentado. Entonces pudo percibirlo. No lo veía, porque no tenía forma, ni tampoco lo escuchaba. Sólo podía sentirlo como el roce de una mano helada sobre la piel.

Arturo se levantó de la cama y la habitación giró en torno a él. Aún no había podido recuperar fuerzas, pero pronto comprendió que ese no era el problema. Lo que fuera que había con él en la habitación se alimentaba de energía, de la suya, fortaleciéndose y debilitándolo a él. Con pasos vacilantes, se acercó al centro de la habitación. La sensación de frío era cada vez más intensa, la debilidad también. La

barrera que había creado en las paredes permanecía intacta, pero por lo visto ese ente, cualquiera que fuese su naturaleza, solo podía alimentarse de la energía proveniente de un ser vivo.

Arturo sujetó el medallón que llevaba al cuello, se concentró en él y buscó en su interior, pero sus fuerzas estaban casi exangües. Sin embargo tenía que repeler a esa entidad si quería sobrevivir. El frío era espantoso y penetrante, pese a que se encontraba junto a la chimenea encendida. Comprendió que su cuerpo perdía calor rápidamente y que lo único que podía mantenerlo consciente era su fuerza de voluntad. El ente, que no había dejado de succionar su energía, comenzaba a ser visible como una niebla luminosa frente a él. Arturo comprendió lo que debía hacer, aunque sabía que era muy peligroso, pero era su única oportunidad.

Con un enorme esfuerzo de voluntad y una férrea disciplina mantuvo la concentración. Respirando profundo comenzó a bajar su frecuencia cardiaca y a reducir todas sus funciones vitales a niveles mínimos de supervivencia. Eso le proporcionó una fuente adicional de energía, que si llegaba a perder haría que su corazón se detuviera y sus órganos vitales dejaran de funcionar. El Crann Bethadh que colgaba de su cuello y que sostenía con una mano había sido fabricado con materiales afines a los cuatro elementos. Cuarzo, por la tierra, acero, por el aire, oro por el fuego, y plata, por el agua. Eso le ayudó a crear un escudo que protegió el flujo de energía de las ansias del parásito incorpóreo.

La energía comenzó a fluir a través de su centro de poder, y el ente se removió al verse privado de su alimento. Arturo se esforzó en mantener su concentración. No sabía si lo que había planeado funcionaría. Sólo tenía una oportunidad. Si se equivocaba, moriría. Comenzó a murmurar un mantra, mientras su mente formaba una imagen de lo que deseaba, y su voluntad mantenía en movimiento la energía. El ente no parecía dispuesto a esperar, estaba hambriento, y percibía el alimento a su alcance. Arturo pudo ver una niebla que se le acercaba, y se estremeció al comprender que buscaría un contacto físico. No pudo evitarlo, aquello se lanzó contra su pecho, y él sintió que una mano de hielo aprisionaba su corazón. El dolor era indescriptible, la respiración imposible, la cabeza le daba vueltas y las piernas le flaquearon, pero no cedió, no gritó, ni abandonó su concentración. Continuó su mantra, pese a que la criatura se removía dentro de su pecho, buscando devorar su energía y helándole las entrañas.

Cuando por fin estuvo preparado levantó ambas manos y una luz azul iluminó el medallón. La energía que había liberado hacia las paredes regresó a su llamado, y lo hizo a través de la joya. Al mismo tiempo, rompió la barrera que aislaba la fuerza vital que se movía en su centro de poder. Todo lo dirigió hacia un solo punto, en un solo momento. Hacia su pecho, donde se había alojado el ente. Como esperaba, la sobrecarga fue demasiado para el parásito, que se removió y salió expulsado de su cuerpo, osciló a pocos pasos de él, y luego explotó como si fuera una burbuja de jabón.

Arturo cayó al suelo inerte y permaneció allí, hasta que al cabo de pocos minutos la puerta se abrió, y un visitante, éste de carne y hueso, avanzó hacia él lentamente. Se agachó a su lado, buscó el pulso en su cuello, y se sorprendió al ver que había sobrevivido al ataque. Sacó una navaja del bolsillo y lo contempló por un momento.

— Había esperado más de ti, Primer Guardián — dijo en voz baja — Nunca creí que fuera tan sencillo acabar contigo.

El visitante posó la hoja de la navaja en el cuello de Arturo dispuesto a infringir un corte mortal, pero el golpe de una puerta en el pasillo lo hizo detenerse. Se incorporó rápidamente, guardó la navaja, apenas manchada con una gota de la sangre del Guardián. Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Ya superado el primer impulso se detuvo a meditar la situación: El Guardián había sido capaz de derrotar al ente devorador, lo que significaba que debía ser tan fuerte como le escuchó comentar a su Maestro. Eso le dio una idea brillante. Su

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

